

Domingo Decimoséptimo del Tiempo Ordinario 25 de Julio de 2010

“Señor, enséñanos a orar”.

Los discípulos habían observado a Jesús mientras oraba. En una ocasión, al terminar de orar, uno le pide: “Señor, enséñanos a orar”. Bonita e interesante petición. ¿No tendríamos nosotros que hacerla también?

Se reza mucho, pero se ora poco. Repetimos fórmulas sabidas, pero poco profundizamos en ellas. Cuántos Padrenuestros hemos recitado en nuestra vida pasando de puntillas por su contenido, incapaces de pensar en lo que decimos, repitiendo sus frases mientras pensamos distraídos en otras cosas que son verdaderamente las que nos interesan. Por eso hemos de pedir: “Señor, enséñanos a orar”.

Orar significa apertura a Dios. Nuestra vida no puede estar centrada en nosotros mismo, o en las cosas y afanes de este mundo. Orar es saber escuchar a Dios, su Palabra, y dirigirle, personal y comunitariamente, nuestra palabra de alabanza, acción de gracias y de súplica confiada. La oración es más que recitar unas fórmulas o poner en marcha un mecanismo comercial para obtener favores de Dios. Es, sobre todo, una convicción íntima de que Dios es nuestro Padre, que quiere nuestro bien más que nosotros mismos.

Jesús, siempre tan práctico y pedagogo, no se entretiene en una larga y concienzuda exposición sobre la oración. Su enseñanza es sencilla: “Cuando oréis decid: Padre nuestro, santificado sea tu nombre...” Y nos dejó el Padrenuestro.

Muchas veces lo hemos recitado de manera apresurada vaciándolo de su contenido más hondo. La oración que nos regala Jesús es la plegaria que mejor recoge lo que El vivía en lo más íntimo de su ser, y la que mejor expresa el camino a seguir de sus discípulos. Ser cristiano es aprender a recitar y vivir el Padrenuestro, ya que en verdad somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros, viviendo en un mundo donde nos acechan peligros y dificultades.

Decir, de verdad, Padre nuestro es entrar gozosamente en el círculo de la filiación divina y de la fraternidad. La gran revelación de Jesús es que Dios es Padre de todos, con lo que esto significa y lleva consigo. Desde esa realidad y sentimiento filial, pedimos que su nombre, su persona, sea bendecida y reconocida; que su Reino, su soberanía amorosa, alcance a toda la humanidad; y que nos ayude a cumplir su voluntad en nuestra vida personal, familiar y social.

Conociendo Jesús nuestra pequeñez y debilidad, en la segunda parte de la oración, nos invita a pedir, confiadamente, el pan de cada día, sin pretender acaparar lo superfluo e innecesario que pervierte nuestro ser y nos cierra a los necesitados. El perdón que necesitamos porque nos desviamos del camino recto de hijos. La necesidad de perdonarnos para restablecer siempre una convivencia fraternal. Que nos eche una mano para no sucumbir ante tantas tentaciones como nos acechan. Que nos libre del mal que cometemos cada día y del mal del que somos víctimas. Son peticiones que nos ayudan a vivir en la fidelidad de hijos y hermanos.

Lo difícil de la oración no está en las frases que podemos emplear, sino en el grado de compromiso que lleva implícito. El que se siente hijo de Dios ora con sencillez y confianza porque Dios Padre es infinitamente mejor que el amigo a quien, en hora intempestiva, se pide ayuda, o el padre que no dará a su hijo nada que pueda perjudicarlo. Dios es padre bondadoso y generoso.

La enseñanza de Jesús sobre la oración termina con unas palabras decisivas: "Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan". Esta es la gran petición que siempre olvidamos y que es la que de verdad nos guiará y mantendrá en nuestra vida Cristiana

Joaquin Obando Carvajal